

# Cuatro Centenario de la Muerte de San Francisco Javier

1552 — OCTUBRE — PROBLEMA SIN SOLUCION.

*La Opinión* P. Miguel Selga S.J. 16 octubre 1952

En la ensenada de Sanchón, frente a la desembocadura del río Sikiang, a solos diez kilómetros del continente, noventa de Macao y ciento veinte del gran puerto comercial de Cantón, Javier agita en la mente el gran Problema de la entrada en China. "Hemos trabajado mucho yo y los mercaderes, que aquí están," dice Javier desde Sanchón, "por ver si algún mercader de Cantón me quería llevar: todos se excusaron, diciendo que ponían sus vidas y haciendas a gran riesgo, si el gobernador de Cantón supiese que me llevaban y por esta causa, por ningún precio, me querían llevar en sus navíos a Cantón. Plugo a Dios nuestro señor que se ofreció un hombre honrado de Cantón a mi llevar, por doscientos cruzados, en una embarcación pequeña, donde no hubiese otros sino sus hijos y mozos, para que no llegara a saber el gobernador de Cantón por los marineros cuál era el mercader que me llevaba. I más se ofreció de tenerme en su casa escondido tres o cuatro días y de allí ponerme un día antes del sol a la puerta de la ciudad con mis libros y otro hatillo para de ahí ir luego a casa del gobernador y decirle cómo veníamos para ir donde está el Rey de la China, mostrando la carta que del Señor Obispo l'evábamos para el Rey." No dejaba de ofrecer ciertas garantías el chino con

quien Javier se había concertado, porque en otra ocasión había escondido en su casa a un portugués, que había huido de la prisión; en este contrato cifraba Javier su esperanza; este chino es pero cada día que ha de venir por mí, porque en este puerto de Sanchón nos concertamos que por veinte picos me llevaría. Pero no se hacía ilusiones Javier. "Los peligros que corremos son dos, según dice la gente de la tierra," añade Javier, "el primero es que el hombre que nos lleva, después

que coja los doscientos cruzados, nos deje en alguna isla desierta o nos arroje al mar, para no ser descubierto del gobernador. El segundo es que si nos llevare a Cantón y fuéremos delante del gobernador nos mandara dar tormento o cautivarnos, por ser una costa tan nueva como esta y haber tantas prohibiciones en la China, para que nadie entre en ella sin chapa del rey. Pero fuera de estos peligros añade el santo, con una manera de ironía su blime que pone al descubierto toda la grandeza de su alma, "hay otros mucho mayores que no alcanza la gente de la tierra, los cuales contar sería gran proligidad. El primero es dejar de esperar y confiar en la misericordia de Dios, pues por su amor y servicio, vamos a manifestar su ley y a Jesucristo su hijo nuestro redentor. Ahora desconfiar de su misericordia y poder, por los peligros en que nos podemos ver por su servicio es mucho mayor peligro que no los males que nos pueden hacer todos los enemigos de Dios, pues sin licencia y permiso de Dios los demonios y sus ministros en ninguna cosa nos pueden dañar." Como segundo peligro recuerda las palabras del

redentor "El que ama su vida en este mundo la perderá y "El que pone su mano al arado y mira atrás no es apto para el reino de los cielos." "Nosotros considerando estos peligros del alma que son mucho mayores que los del cuerpo hallamos que es más seguro y más cierto pasar por los peligros corporales que ser comprendidos por Dios en los espirituales de manera que por cualquier vía estamos determinados de ir a China." Para aumento de contratiempos sucede ahora que en estos momentos más que nunca necesitamos valerse de la lengua del país, se queda casi solo, porque el compañero de quien esperaba ser ayudado como intérprete encuentra a la vista de China que se le había olvidado el Chino, y otro compañero que se le había ofrecido para servirle de intérprete de puro miedo se quedó.

A pesar de tales dificultades no desfallece el optimismo de Javier. "Los mercaderes chinos muestran holgarse mucho", dice el santo, "de que entremos en su reino pareciéndoles que llevamos alguna grande ley escrita en nuestros libros mejor que la suya." Hasta del mismo Rey concibió Javier esperanzas de que había de recibir el evangelio. "Por nueva cierta tengo que este Rey de la

China tiene mandadas fuera de su reino ciertas personas a una tierra para saber cómo se rigen y gobiernan y las leyes que tienen por donde me dicen los mercaderes chinos de aquí que el Rey ha de holgar de ver una ley nueva en su tierra." Más he aquí que sobrevienen nuevos entorpecimientos. El capitán de la flotilla de naves portuguesas que estaban comerciando en Sanchón aunque aprobaba la entrada de Javier en China, quería que no fuese mientras estaban las naos portuguesas en aquella ensenada, porque si por ventura los Regidores de China se alborotasen de ver a Javier en China, no les viniese a los portugueses que allí estaban algún mal, armando a los chinos sobre ellos y sus naves. Deferente Javier determino diferir la tan deseada expedición hasta que habiendo emprendido las naos el regreso a Malaca no quedase en la ensenada de Sanchón más que la nao Santa Cruz rodeada de juncos y champanes chinos. En el fondo de esta soledad sombría se destaca colosal la figura de un héroe que sola, en el mayor desamparo y riesgo desprovisto de medios humanos anhela lanzarse a la conquista evangélica del imperio más vasto de la tierra.